

Meditaciones temáticas

SÁBADO



PARA QUE REINE

EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO

43^e Pèlerinage de Pentecôte
de Paris à Notre-Dame de Chartres

7, 8 et 9 juin 2025



Francia, Hija Primogénita de la Iglesia, ¿Eres fiel a tus promesas de Bautismo?

MEDITACIÓN 3

Queridos peregrinos,

¡Ánimo, ya estamos en la última meditación del día!

Hasta ahora hemos estudiado la doctrina: Cristo es Rey y es necesario que su reinado sea reconocido, en la tierra como en el Cielo. Pero tal vez en tu corazón te estés diciendo, querido peregrino, que esto es un sueño imposible. «*Francia, Hija Primogénita de la Iglesia, ¿eres fiel a tus promesas de bautismo?*», preguntaba el Papa Juan Pablo II en 1980. Desde entonces, las cosas parecen haber empeorado: el número de católicos practicantes se ha reducido a casi nada; el mundo entero ha sido testigo de los blasfemos actos contra nuestra fe en la apertura de los Juegos Olímpicos; nuestro país ha votado la constitucionalización del aborto y ha programado la legalización de la eutanasia, etc.

¿Debemos por ello bajar los brazos y replegarnos?

¡No! Con el corazón lleno de esperanza queremos trabajar para construir una nueva cristiandad. Pero antes, es esencial realizar un diagnóstico justo y lúcido para comprender los males de nuestra sociedad, cómo esta apostasía ha podido desarrollarse y cómo puede ser curada: ese es el objetivo de esta meditación.



Le baptême de Clovis, détail
d'un vitrail de la cathédrale Saint-Vincent de Mâcon

De la cristiandad al laicismo

Una sociedad que vivía según los principios cristianos existió en Francia desde el año 496 hasta 1790. Sin idealizar esta vasta época (durante este periodo Francia también vivió graves desórdenes), la diferencia crucial con la nuestra está en que esos desórdenes eran fruto del actuar de individuos, y no eran aprobados por la sociedad. Hoy en día, el error está en los principios mismos que la sociedad moderna proclama abiertamente. Vamos a estudiarlos en detalle:

- En primer lugar, las **causas doctrinales de la apostasía en el naturalismo y el liberalismo**.
- Después, una palabra sobre **su origen histórico, la Revolución Francesa** y sus consecuencias, que pusieron en acción estas doctrinas y llevaron al **laicismo**.
- Finalmente, hablaremos de **la debilidad de los católicos**, nuestra debilidad.

El naturalismo

El naturalismo es, de alguna manera, el error original, y por eso los Papas lo han condenado con tanta fuerza. El cardenal Pie definía el naturalismo como la «*doctrina que hace caso omiso de la Revelación*»

y pretende que las fuerzas de la razón y de la naturaleza bastan para conducir al hombre y a la sociedad a la perfección». El objetivo del naturalismo es procurar la felicidad del hombre separándolo de todo lo que trasciende a la razón o la naturaleza, y en particular, de Dios. Así, el naturalismo es la rebelión contra Dios: es la repetición, por parte del hombre, del pecado de orgullo de Satanás, **por el que quiso alcanzar su propia felicidad sin Dios**, sin depender de Él: «*Non serviam* – No serviré».

El naturalismo se niega a ver que la felicidad del hombre está en la visión beatífica de Dios y que necesitamos de su gracia para alcanzarla. Además, no reconoce que el hombre está herido por el pecado original y que necesita la gracia no solo para alcanzar ese objetivo sobrenatural de su vida que es el Cielo, sino también para reparar su naturaleza herida y vivir de manera plenamente humana en esta tierra. La gracia no solo eleva la naturaleza, también está allí para sanarla.

Aplicado al orden político, **el naturalismo enseña que la sociedad debe ser dirigida sin tener en cuenta la religión, como si no existiera**, y sin distinguir entre la religión verdadera y las falsas religiones.

Atención, esta mañana hemos visto que es necesario *distinguir* lo temporal de lo espiritual, entre el orden natural y el orden sobrenatural. El error no está en distinguirlos, sino en **separar** y promover una sociedad completamente cerrada en sí misma, apartada de Dios. Rechazar a Dios no es neutralidad, sino falsedad, porque por nuestra naturaleza somos dependientes de Dios, necesitamos a Dios y estamos hechos para la bienaventuranza celestial.

El liberalismo

El naturalismo, al haber separado al hombre de su fin (Dios), tiene un hijo lógico que es **el liberalismo**. El liberalismo es el **rechazo de toda regla que provenga de algo superior al hombre**, y especialmente de Dios. «Mi libertad es mi única regla», dice el liberal.

Y en esto se equivocan profundamente sobre lo que es la verdadera libertad. Porque la verdadera libertad no consiste en poder actuar mal cuando uno lo desea. La experiencia lo demuestra claramente: **el pecado no nos hace libres, al contrario, nos encadena y nos esclaviza**. Así, el borracho que se embriaga se imagina libre de hacer lo que quiere, pero en realidad está preso de las cadenas de su adicción, porque se niega a seguir la regla de su corazón.

Por el contrario, la regla natural inscrita en el corazón del hombre es una guía para alcanzar la verdadera felicidad, aquello que realmente nos conviene. **Así, la verdadera libertad es poder avanzar por nosotros mismos hacia nuestra verdadera felicidad, que es Dios, y ser responsables de nuestros actos**.

Para alcanzar la verdadera felicidad, hay un camino seguro que Dios nos ha mostrado a través de su ley: hacer el bien, evitar el mal. **La libertad, entonces, es el poder que tiene el hombre para cumplir por sí mismo la ley de Dios. Esa es su dignidad: poder voluntariamente hacer el bien**.

La Revolución Francesa

La Revolución Francesa puso en práctica estas teorías del naturalismo y del liberalismo. Para comprobarlo basta con leer la Declaración de los derechos del hombre de 1789: «*El principio de toda Soberanía reside esencialmente en la Nación; ningún cuerpo ni individuo puede ejercer autoridad alguna que no emane expresamente de ella*» (artículo 3). «*La ley es la expresión de la voluntad general*» (artículo 6). En consecuencia, la Revolución no reconoce ninguna autoridad por encima de la nación: es el rechazo de Cristo Rey. En consecuencia, la ley que rige la sociedad (es decir, la ley positiva) ya no es expresión de la ley natural inscrita en nuestros corazones, que es a su vez expresión de la ley de Dios: no, **la ley se ha convertido en expresión de la voluntad de los hombres, de sus deseos**. Realmente fue la Revolución, es decir, el «derrocamiento», lo que ha provocado las convulsiones la nuestra sociedad actual, desprovista de referentes morales.

Entonces la Revolución, se construyó como rechazo a Dios, a Cristo Rey y a la cristiandad. Para convencerse de ello, es necesario releer las páginas de Jean Ousset (en el libro *Pour qu'il Règne*) y de Jean Madiran (en el libro *Une civilisation blessée au cœur*).

Entre los males heredados de la Revolución está también la herencia socialista, ilustrada a principios del siglo XIX por los socialistas «utópicos» (Fourier, Saint-Simon...) y por las teorías anarquistas de Proudhon y Bakunin. Pero a principios del siglo XX, las teorías de Karl Marx se impondrán en Francia y en el extranjero. Esto dará lugar a la impregnación marxista de las ideas políticas, los medios de comunicación y la educación, que desempeñó un papel importante a la lucha anticlerical y que persiste aún en nuestros días.

Laicismo y laicidad

Hijo de la Revolución francesa y del socialismo anticlerical es el laicismo que vivimos hoy, que no debe confundirse con la laicidad cristiana.

Como vimos esta mañana, la **laicidad cristiana** consiste en reconocer adecuadamente la consistencia y la autonomía del orden temporal: no es tarea de la Iglesia gobernar los países ni imponer el Evangelio como ley de organización del Estado. Sin embargo, el orden temporal, que se ocupa del bien común de los hombres, debe estar «abierto» a lo espiritual, porque los ciudadanos de un Estado también están llamados a ser en santos... ¡también el César!

El laicismo o laicidad moderna, por el contrario, convierte la distinción en separación, e incluso en oposición: se expulsa lo espiritual y lo religioso de la esfera pública. Así, la Revolución francesa, persiguió violentamente a la Iglesia e instaló **una nueva religión: la razón**. El Concordato calmó la persecución, pero rápidamente se reanudó el asalto: «**Mi objetivo es organizar la humanidad sin Dios**», declaraba Jules Ferry. Esta segunda persecución desembocó en la ley de separación de Iglesia y Estado de 1905 que sigue vigente hoy en día. Este nuevo laicismo se define como «*neutralidad religiosa, de independencia respecto a todas las Iglesias y confesiones*».

Esta tesis enseguida fue condenada por los papas. San Pío X decía que «*este principio de separación de la Iglesia y el Estado es la negación más clara del orden sobrenatural*.» Juan XXIII tiene también palabras muy contundentes: «*El aspecto más siniestro de la época moderna se encuentra en el absurdo intento de querer construir un orden temporal sólido y fecundo al margen de Dios, único fundamento sobre el cual puede subsistir*.» Citemos también a Juan Pablo II: «*[La cultura de Occidente hoy] está marcada por la pretensión dramática de querer realizar el bien del hombre prescindiendo de Dios, el Soberano Bien. Pero la criatura sin su Creador se desvanece [...] Una cultura que niega referirse a Dios pierde tanto su alma como su orientación, convirtiéndose en una cultura de muerte, como atestiguan los trágicos acontecimientos del siglo XX y como muestran las consecuencias nihilistas que se observan actualmente en gran parte del mundo occidental*.»

Solzhenitsyn, el 13 de diciembre de 2000, hablaba de «*la crisis profunda que se avecina. [...] Hace cinco siglos, el humanismo se dejó arrastrar por un proyecto seductor: tomar prestadas del cristianismo sus luminosas ideas, su sentido del bien, su simpatía hacia los oprimidos y los desdichados, su afirmación de la libre voluntad de cada ser humano, pero intentando prescindir del Creador del universo*.» Chesterton también nos decía que «*el mundo moderno está lleno de antiguas virtudes cristianas enloquecidas*», porque intentan prescindir de Dios y no tienen normas ni puntos de referencia. Así, como decía Bernanos: «*No se entiende absolutamente nada de la civilización moderna si primero no se admite que hay una conspiración universal contra todo tipo de vida interior*.»

Porque el silencio sobre Dios equivale a su negación. Por poner un ejemplo: una educación en la que no se hable de Dios no es una educación «neutral»: es una educación antirreligiosa, una educación atea y, por tanto, una falsa educación.

¿Y los católicos ante esto?

Escuchemos las palabras, duras pero acertadas, del papa San Pío X en el momento de la beatificación de Juana de Arco: *«La fuerza principal de los malos es la cobardía y la debilidad de los buenos, y todo el nervio del reino de Satanás reside en la tibieza de los cristianos.»*

Debemos reconocerlo: somos hijos del liberalismo, de la Revolución Francesa y de la modernidad. Y es mucho más fácil seguir la corriente del mundo, aceptar la separación entre el mundo y Cristo.

En consecuencia, debemos combatir el espíritu revolucionario que nos corrompe. Combatamos valientemente el tríptico infernal: tibieza - respetos humanos - actitud liberal:

- **Tibieza:** Cuanto más se progresa en el amor, más ardiente se es. La tibieza no es un punto medio «razonable» o moderado; es falta de amor: *«Porque eres tibio, y ni frío ni caliente, te vomitaré de mi boca»* nos dice el Apocalipsis.
- **Los respetos humanos** son el miedo al juicio de los hombres, una actitud que lleva a adoptar comportamientos conformistas por miedo al qué dirán. Recordemos este versículo del Evangelio: *«A quien me niegue delante de los hombres, también yo lo negaré delante de mi Padre que está en los cielos.»* ¡Querido peregrino, atrévete a ir contra la corriente del mundo para seguir a Cristo!
- **La actitud liberal** es aquella que piensa que el catolicismo puede acomodarse a los principios anticristianos que hoy rigen nuestra sociedad: esto lleva al abandono de cualquier deseo por hacer reinar verdaderamente a Cristo Rey.

Conclusión

Queridos peregrinos, este difícil diagnóstico no debe desanimarnos, sino invitarnos a la esperanza y a la acción: porque, aunque es Dios quien obra los milagros, siempre se sirve de las personas y de los santos para realizar su obra. La Providencia cuenta con nosotros. ¿Qué podemos hacer? Esto será tema para las meditaciones de los próximos dos días. Querido peregrino, militante de Cristo Rey, reza, fórmate, discierne y actúa a largo plazo. Y guarda en tu corazón esta bella profecía que un día hizo San Pío X sobre nuestro país: *«El pueblo que pactó con Dios en la fuente de Reims se arrepentirá y volverá a su primera vocación. [...] Sus faltas no quedarán impunes, pero la hija de tantos méritos, de tantos suspiros y de tantas lágrimas no perecerá. Llegará un día, y esperamos que no esté muy lejano, en el que Francia, como Saulo camino de Damasco, será envuelta por una luz celestial y escuchará una voz que le repetirá: "Hija mía, ¿por qué me persigues?" Y cuando ella responda: "¿Quién eres, Señor?", la voz replicará: "Soy Jesús, a quien tú persigues. Te cuesta resistir contra el aguijón, porque, en tu obstinación, te destruyes a ti misma". Y ella, temblando y asombrada, dirá: "Señor, ¿qué quieres que haga?" Y Él: "Levántate, lava las manchas que te han desfigurado, despierta en tu seno los sentimientos adormecidos y el pacto de nuestra alianza, y ve, Hija mayor de la Iglesia, nación predestinada, vaso elegido, ve y lleva, mi nombre ante todos los pueblos y todos los reyes de la tierra como hiciste en pasado."»*

Citas

«Francia, hija mayor de la Iglesia, ¿eres fiel a tus promesas de bautismo? Permíteme preguntar: Francia, hija mayor de la Iglesia y educadora de los pueblos, ¿eres fiel, por el bien del hombre, a la alianza con la sabiduría eterna? Perdóname esta pregunta. La hice como lo hace el ministro en el momento del bautismo. La hice por solicitud hacia la Iglesia, de la cual soy el primer sacerdote y el primer servidor, y por amor hacia el hombre, cuya grandeza definitiva está en Dios, Padre, Hijo y Espíritu.» **Juan Pablo II, 1 de junio de 1980, extracto de la homilía pronunciada en Le Bourget.**

«Este principio es impío y absurdo: que la sociedad debe ser gobernada como si la religión no existiera o al menos sin hacer ninguna diferencia entre la verdadera religión y las falsas religiones.» **Pío IX, Quanta cura, 1864.**

«Esta tesis de la separación de la Iglesia y el Estado es una clara negación del orden sobrenatural. Limita, en efecto, la acción del Estado a la mera búsqueda de la prosperidad pública durante esta vida, que no es más que la razón próxima de las sociedades políticas; no se ocupa de ninguna manera, como si le fuera ajena, de la razón última, que es la bienaventuranza eterna propuesta al hombre cuando esta vida tan breve haya terminado. Y sin embargo, el orden presente de las cosas, que se desarrolla en el tiempo, se encuentra subordinado a la conquista de este bien supremo y absoluto. No solo el poder civil no debe obstaculizar esta conquista, sino que también debe ayudarnos a alcanzarla.» **San Pío X, encíclica Vehementer, 1906.**

«Siempre que, bajo el término "laicidad", se entienda un sentimiento o una intención contrarios o ajenos a Dios y a la religión, condenamos completamente esa "laicidad" y declaramos abiertamente que debe ser rechazada.» **Pío XI, Maximam gravissimamque, 1924.**

En cuanto a la pretensión de hacer que el Estado sea completamente ajeno a la religión y pueda administrar los asuntos públicos como si Dios si no existiera, es una temeridad sin ejemplo, incluso entre los paganos. Estos llevaban tan profundamente grabada en lo más íntimo de sus almas, no solo una idea vaga de los dioses, sino también la necesidad social de la religión, para ellos habría sido más fácil que una ciudad se sostuviera sin apoyarse en el suelo que sin Dios. **León XIII, encíclica Humani Generis.**

Debe haber absolutamente una "distinción" entre el Estado y la Iglesia, pero nunca puede haber una "separación" en el sentido propio, porque la Iglesia debe ser para la sociedad temporal lo que el alma es para el cuerpo. ¡Cuando el alma y el cuerpo se separan, es la muerte! **León XIII, encíclica Immortale Dei.**

«Al término "laicidad" se le ha atribuido una acepción ideológica contraria a la que tenía en su origen [...] En realidad, hoy en día, la laicidad se entiende comúnmente como la exclusión de la religión de los diversos ámbitos de la sociedad y como su restricción al ámbito de la conciencia individual [...] En la base de esta concepción existe una visión a-religiosa de la vida, del pensamiento y de la moral: es decir, una visión donde no hay lugar para Dios, para un Misterio que trasciende la razón pura, para una ley moral de valor absoluto, válida en todo tiempo y en toda situación. Por tanto, es deber de todos los creyentes, en particular los creyentes en Cristo, contribuir a elaborar un concepto de laicidad que, por un lado, reconozca a Dios y a su ley moral, a Cristo y a su Iglesia el lugar que les corresponde en la vida humana, individual y social, y por otro, que afirme y respete la "legítima autonomía de las realidades terrenales". [...] A la luz de estas consideraciones, la hostilidad hacia cualquier forma de relevancia política y cultural atribuida a la religión, y hacia la presencia, en particular, de cualquier símbolo religioso en las instituciones públicas, no es ciertamente una expresión de la laicidad, sino de su degeneración en laicismo. Del mismo modo, negar a la comunidad cristiana y a aquellos que la representan de manera legítima el derecho a pronunciarse sobre los problemas morales que hoy interpelan la conciencia de todos los seres humanos, en particular de los legisladores y juristas, tampoco es un signo de una laicidad sana. De hecho, no se trata de una injerencia indebida de la Iglesia en la actividad legislativa, propia y exclusiva del Estado, sino de la afirmación y la defensa de los grandes valores que dan sentido a la vida de las personas y que preservan su dignidad.» **Discurso del Papa Benedicto XVI a los participantes en el congreso nacional de estudios de la unión de juristas católicos italianos, 9 de diciembre de 2006.**